

La vía chilena al socialismo 50 años después

Tomo I. Historia

**Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos
y Viviana Canibilo Ramírez**
(compilación)

OCHOLIBROS



CLACSO

Austin Henry, Robert. *La vía chilena al socialismo: 50 años después* / Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; compilado por Austin Henry, Robert; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-769-7

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Salém Vasconcelos, Joana. II. Canibilo Ramírez, Viviana. III. Título.

CDD 983

La vía chilena al socialismo: 50 años después Vol. I / Kemy Oyarzún V. ... [et al.]; compilado por Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; prefacio de Faride Zerán; Marcelo Arredondo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-770-3

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Oyarzún V., Kemy. II. Austin Henry, Robert, comp. III. Salém Vasconcelos, Joana, comp. IV. Canibilo Ramírez, Viviana, comp. V. Zerán, Faride, pref. VI. Arredondo, Marcelo, pref.

CDD 983



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

La vía chilena al socialismo. 50 años después. Tomo I: Historia (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2020).

Obra general ISBN 978-987-722-769-7

Tomo I ISBN 978-987-722-770-3

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

Prefacio. Otra vez el pueblo 11
Faride Zerán

Yo no voy a renunciar 15
Marcelo Arredondo

Agradecimientos 17
Los compiladores

La vía chilena al socialismo. 50 años después..... 19
Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos y Viviana Canibilo Ramírez

Cultura y feminismos

Unidad Popular: genealogías feministas interseccionales 31
Kemy Oyarzún V.

Educación y democratización en tiempos de crisis.
Alcances contemporáneos de la experiencia de la Unidad Popular 63
Leonora Reyes-Jedlicki, Luis Osandón-Millavil
y Fabián Cabaluz-Ducasse

Producción literaria y editorial durante la Unidad Popular 91
Matías Ayala Munita

Tesis sobre educación y cultura del proceso popular chileno (1970-1973)..... 109
Taeli Gómez Francisco y Juan Rubio González

Mujeres en la Unidad Popular: caminos de liberación127
Sandra Palestro Contreras

Lucha popular y derechos

Los trabajadores y el sentido del socialismo en democracia.....145
Márcia Cury

Voz del “poder popular”, voz del aparato estatal.
Dialéctica sociopolítica y tiempos rotos de la “vía chilena
al socialismo” (1970-1973)..... 161
Franck Gaudichaud

La Historia es nuestra y la hacen los Pueblos179
Ximena de la Barra

Imperialismo y desarrollo del sistema sanitario chileno desde la UP.
Intervencionismo de Estados Unidos en América Latina:
apuntes para su comprensión201
Felipe Rodríguez Ulloa y Catalina Ganga-León

“¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!”
La Unidad Popular y el protagonismo de los trabajadores221
Sandra Castillo Soto

Poder y partidos

Movimiento de Izquierda Revolucionaria y su lectura sobre la
Unidad Popular después del golpe de Estado de 1973241
María Olga Ruiz

El Grupo de Amigos Personales..... 263
Patricio Quiroga Z.

Luchas sociales y alianzas políticas.
Actualidad de la epopeya de la Unidad Popular..... 283
Carlos Ruiz Encina

Diálogos de Fidel Castro y Regis Debray con la vía chilena al socialismo. Legitimidad revolucionaria para el proyecto de la Unidad Popular301
Manuel Fernández Gaete y Roberto Ávila Carrera

La “Vía Chilena al Socialismo”. El largo recorrido desde el Frente de Acción Popular a la Unidad Popular 319
Isabel Torres Dujisin

Economía y reforma agraria

Revolución rural y protagonismo campesino (Chile, 1967-1973)339
Eugenia Palieraki

Economía y correlación de fuerzas en el gobierno de Allende 1970-1973..... 361
Orlando Caputo y Graciela Galarce

El campesinado y la política agraria de la Unidad Popular (1970-1973).
Las políticas agrarias en los años 1960 y 1970 397
Jacques Chonchol

La “vía marítima” al socialismo. El transporte marítimo de comercio exterior como límite geoeconómico de la Unidad Popular en el sistema-mundo capitalista, 1970-1973 415
Luis Garrido Soto

Revolución chilena y batalla de la producción agraria.
Sabotajes patronales y estímulos al trabajo campesino..... 439
Joana Salém Vasconcelos

Luchas indígenas y territorio

¿Revolución campesina o levantamiento mapuche?
Tensiones en La Araucanía durante la revolución socialista 1970-1973 469
Fernando Pairican, Marie Juliette Urrutia y Claudio Alvarado Lincopi

Movimiento Campesino Revolucionario. Luchas mapuche,
política de clase y 'proyecto socialista' durante el gobierno
de la Unidad Popular (Cautín, 1970-1971) 495
Jaime Navarrete Vergara

De corridas de cerco al control territorial. Panorámica de la
resistencia mapuche durante tres décadas, del Movimiento Campesino
Revolucionario a la Coordinadora Arauko-Malleko (1970-2002)..... 521
Filip Escudero Quiroz-Aminao y Paula Malhue Torres

Cambio generacional mapuche y Unidad Popular539
José Luis Cabrera Llancaqueo y Pedro Canales Tapia

Pueblo mapuche: entre la Unidad Popular y los primeros
años de la dictadura cívico-militar (1969-1978)..... 561
Sergio Caniuqueo Huircapan

Imperialismo y contrarrevolución

Las derechas en la calle: el boicot a la "Vía chilena al socialismo" 601
Aníbal Pérez Contreras

El rol de Estados Unidos en el derrocamiento del presidente Allende,
según el Informe Church.....619
Luis Corvalán Márquez

Chile, 1970-2020: revolución, golpe, dictadura y... ¿revolución?635
Xabier Arrizabalo Montoro

Estados Unidos, Escuela de las Américas y la cuestión militar en Chile... 667
Pablo Ruiz y Robert Austin H.

Sobre los autores, las autoras y compiladores..... 697

*“¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo!
¡Vivan los trabajadores!”*

La Unidad Popular y el protagonismo
de los trabajadores

Sandra Castillo Soto

Revisitar la experiencia histórica de la Unidad Popular (UP) en el contexto actual es aproximarse a una coyuntura que ha sido de las más significativas para la historia del movimiento popular en Chile y un hito político para la izquierda en su conjunto. No es la primera vez y seguro no será la última, en que nos acerquemos a este período histórico intentando rescatar la riqueza de la experiencia de sus protagonistas, que se hace hoy, incluso más valiosa, cuando nos encontramos *ad portas* de un proceso constituyente que pretende(mos) siente las bases de una nueva institucionalidad política y ponga fin a 40 años de legado dictatorial. Recuperar la memoria de una gesta político-social que llevó a los sectores populares, por primera y única vez, a intentar construir una sociedad cuyos pilares fueran la justicia social, la equidad y la solidaridad se hace del todo pertinente y justa.

Sin dudas el gobierno de Salvador Allende marcó un punto de inflexión en la historia política chilena y también mundial. En un contexto en que las únicas revoluciones de izquierda que habían

triunfado fueron a través de las armas, el experimento chileno apostaba por la vía de las urnas para realizar transformaciones estructurales en el país. La izquierda chilena, a través de sus principales partidos políticos llevaba una larga trayectoria de participación en el sistema político que tiene su culminación en la UP y un proyecto de cambios profundos que se inició con altas expectativas por parte del mundo popular. Aún más importante, ponía en el centro del protagonismo a aquellos sectores sociales mayoritarios, pero eternamente silenciados y excluidos.

Sin embargo, el camino hacia la realización de estas aspiraciones fue difícil y plagado de obstáculos, que comenzaron en el mismo momento en que se conocieron los resultados de la elección y que se fueron agudizando a la vez que se profundizaba el proceso de cambios estructurales llevado adelante por Allende. Desde ese momento, las organizaciones populares adoptaron una decidida actitud de defensa del gobierno y del proceso histórico que se iniciaba, situación que tendría su momento cúlmine a partir del segundo año de gobierno. En el caso de los partidos políticos el campo de defensa estaba claro, la propaganda de sus bases militantes y simpatizantes, así como la acción parlamentaria, habían sido tradicionalmente las armas para defender el proyecto político. Pero ¿qué harían los trabajadores para defender a “su gobierno”? Este cuestionamiento planteaba el desafío de ampliar el repertorio de acciones y la creatividad de los sectores populares y, particularmente de los trabajadores, para hacer frente al despliegue de aquellos sectores que no escatimaron esfuerzos por aplastar el avance democratizador que pretendía desarrollar el gobierno de Salvador Allende. Ese protagonismo popular es el que buscamos rescatar en esta exposición, estos sujetos que poniendo su voluntad y su esfuerzo llenaron de significado el eslogan “el gobierno de los trabajadores” y lo hicieron “carne y sangre” en lo cotidiano.

Un gobierno por y para los trabajadores

Por primera vez, en la historia del movimiento obrero chileno, los trabajadores eran protagonistas de un proyecto político y no simples beneficiarios de prebendas de tal o cual gobierno, sino que eran los convocados a participar en las transformaciones que “la vía chilena al socialismo” planteaba. De ahí que se abriera un nuevo contexto de posibilidades de acción político-social sin precedentes hasta ese momento y que debían ser encauzadas a través de las organizaciones sindicales y las del resto del mundo popular, por lo menos era lo que planteaba el programa de la UP. Era una invitación a trabajadores, pobladores, estudiantes, mujeres y todas aquellas personas que estuviesen a favor de los cambios estructurales que el país necesitaba, señalando que “Las transformaciones revolucionarias que el país necesita solo podrán realizarse si el pueblo chileno toma en sus manos el poder y lo ejerce real y efectivamente” (Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular, 1969). Sin embargo, ese traspaso de poder debía producirse de manera paulatina, con la incorporación de los sectores populares a diversas instancias de decisión, siendo esencial la responsabilidad y disciplina que debían adquirir en este sentido los trabajadores, dentro de la estrategia política de transformar el Estado “desde adentro”.

Este nuevo protagonismo de los trabajadores en lo político, económico, social y cultural debía ser canalizado a través, principalmente, de la Central Única de Trabajadores (CUT), que fue la convocada a llevarlo adelante, a pesar de las críticas que se le hicieron con respecto a su autonomía del gobierno, especialmente, con la integración de algunos dirigentes a cargos ministeriales y de dirección pública, manifestando que esta situación era “Una lección más de que este Gobierno y la Unidad Popular están con los intereses de los trabajadores y su causa es la de los trabajadores’. [...] Asimismo ratifica que el Gobierno, cada día más, va entregando mayores responsabilidades

–en la conducción del proceso revolucionario– a la clase trabajadora” (Regocijo de la clase trabajadora por designación de Hernán del Canto, 1972). Si bien, los propios dirigentes de la CUT reafirmaban su compromiso con Allende y que “los trabajadores chilenos darían todo y su irrestricto respaldo al programa de la UP, transformándose en la palanca para desarrollar este plan”, también señalaban que “que mantendrían su independencia como central sindical” (Presencia de dirigentes mundiales es apoyo para el Triunfo Popular, 1970). Sin duda que detrás de esta declaración estaba la voluntad inquebrantable de la Central sindical de defender, por todos los medios, un gobierno que consideraban un logro de la clase trabajadora.

No obstante, la mayor participación de los trabajadores se concebía en el plano económico y, particularmente, en la implementación del Área de Propiedad Social (APS) de la economía (Castillo, 2009). El APS tenía importancia no solo en términos económicos, ya que se planteó que se convertiría en el motor de la economía nacional, sino también tenía una relevancia simbólica para los trabajadores, puesto que se establecía su participación en la gestión de dichas empresas consideradas estratégicas. Eran los trabajadores los llamados a resguardar la buena marcha de las fábricas, así como también el aumento de la producción de las mismas, cuestión que era fundamental para el gobierno y que promovería “las medidas necesarias para asegurar la participación activa de los trabajadores, a través de sus organizaciones sindicales, en la elaboración y ejecución de la política económica y social mediante las siguientes disposiciones: a) Nombrando representantes de los trabajadores en los organismos de planificación y desarrollo económico y social. b) Asegurando la participación de los trabajadores en la dirección de las empresas estatales y del área mixta” (Acta de acuerdo CUT-Gobierno, 1990).

De esta manera, se establecieron mecanismos y vías formales de participación obrera, es decir, una institucionalidad y estructuras determinadas cuidadosamente para encauzar las crecientes expectativas de los trabajadores, que no eran menores. En su 6° Congreso, la CUT valoraba este paso, ya que “significa romper la estructura de

poder que existía en las empresas capitalistas. Significa traspasar la facultad de decidir en las fábricas, en las industrias, en los servicios, a manos de la clase trabajadora. En las empresas del Área Social ha desaparecido la propiedad privada sobre los medios de producción; no existen patrones. Las máquinas, los equipos, son hoy propiedad del Estado, de un Estado que representa los intereses de la clase trabajadora” (Memoria del consejo Directivo al 6° Congreso Nacional de la CUT, 2000). Aun cuando esto supuso una apertura a la mayor participación de los trabajadores en la gestión económica y administrativa en las empresas estatales, se debe señalar que la estructura, instancias y organismos diseñados por la UP, eran más bien de carácter consultivos y de asesoría, más que resolutivos (Castillo, 2009). Además, el sistema de participación, solo se implementó en las empresas del Área Social, mientras que, en las dos áreas económicas restantes (mixta y privada), la incorporación de los trabajadores se limitaba a constituir *Comités de Vigilancia de la Producción*, para resguardar y defender la empresa ante posibles sabotajes. Esto es de particular importancia, considerando que estos sectores empresariales agrupaban un contingente importante de obreros, muchos de ellos, de reciente sindicalización.

Aunque había consenso en la izquierda en que la participación de los trabajadores era fundamental para empujar el proceso de cambios, como la entendía cada uno de sus componentes, variaba en profundidad y campo de acción. Mientras para algunos sectores dentro de la coalición era necesario que esta participación obrera fuera disciplinada y ajustada a la legalidad, por medio de sus organizaciones, especialmente, la CUT, otros planteaban la necesidad de una participación más activa y crítica con respecto a los planes del gobierno (especialmente a partir de octubre de 1972), apelando a la creatividad e iniciativa por parte de los trabajadores de forma independiente, al margen de las estructuras establecidas por el gobierno, con el fin de “irse incorporando al ejercicio real del poder, a través del manejo directo de las instituciones y organismos directos del estado” (Partido Socialista: Resolución Política del Congreso de La Serena, 2000). Finalmente, sería la segunda de ellas, la que se impondría, no por la

voluntad de sus promotores, sino que por las propias circunstancias creadas por los intentos de sabotaje económico de la derecha política y económica. Mantener y aumentar la producción era un imperativo para el gobierno, pero aún más importante, fue un imperativo para la clase trabajadora, para defender un gobierno que sentían como propio, que había costado años de lucha y muertes del movimiento popular en defensa de las conquistas sociales alcanzadas.

De la Batalla de la Producción a la participación directa

Uno de los ámbitos fundamentales para el gobierno fue la esfera económica y dentro de esta, la participación de los trabajadores en la producción. De ahí la importancia que se le otorgó al sistema de participación dentro del Área Social, para lo cual se apelaba a la “profunda fe en la responsabilidad, en la conciencia de clase de los trabajadores, y estamos seguros [del] que cumplirán esta patriótica labor” (“Los trabajadores tendrán participación en dirección de empresas estatales y mixtas”, 1971). Para el gobierno era esencial que los trabajadores siguieran, de manera disciplinada, las directrices emanadas desde la planificación económica, pues si bien se les abrían espacios de injerencia dentro de las decisiones productivas de las empresas, también era prioritario el cumplimiento de metas a nivel nacional. Así, lo manifestaba Salvador Allende cuando llamaba a los trabajadores a “realizar un esfuerzo y trabajar más, para producir más. [...] señaló que la participación de los trabajadores en las empresas trae derechos, pero también deberes” (“Los trabajadores tendrán participación en dirección de empresas estatales y mixtas”, 1971). Con esto, se marcaba un límite al ámbito de acción de los obreros: aumentar la producción y moderar su acción reivindicativa, siguiendo las directrices y orientaciones del gobierno “Y yo golpeé [sic] la conciencia de los trabajadores para que entiendan que su Gobierno es quien fija la táctica y los métodos de cómo proceder y que los trabajadores deben tener la confianza necesaria para que el Gobierno pueda cumplir las metas” (“Llamamiento a

los trabajadores”, 1971). Entonces, la participación de los trabajadores debía subordinarse a una estrategia política que era necesaria seguir para poder evitar cualquier tipo de desviación y que el proyecto de transformación social que había llevado a Allende al poder no sucumbiera en medio de iniciativas poco factibles.

De esta manera, la prioridad durante el primer año de gobierno fue aumentar la producción de todas las áreas económicas y particularmente de la APS, para lo cual la CUT movilizó todas sus estructuras, convirtiéndola en una tarea a nivel nacional del movimiento sindical. Es en este contexto, que el 1 de mayo de 1971, Día de los Trabajadores, en un acto masivo se lanza la consigna de la “Batalla de la Producción”. Un llamado a producir más, pero también a poner en marcha toda la capacidad productiva de las empresas, de todas las áreas económicas, y a los trabajadores a evitar comportamientos negligentes (como el ausentismo laboral), los sabotajes y las maniobras contrarias por parte de los patrones (en el caso de las empresas del sector privado). El llamado de Allende era a “ganar la batalla de la producción y la defensa del Gobierno del pueblo, contra sus enemigos internos y externos” (“Trabajadores y Gobierno unidos en la tarea común”, 1971). Así, la responsabilidad productiva se traspasa a los propios trabajadores, haciéndoles protagonistas y responsables de la buena marcha de la producción, condicionando el éxito del proyecto político popular al desarrollo de las fuerzas económicas, ya que “la batalla de la producción es una batalla política que se da en el frente económico” (“Producción: Batalla política en el frente económico”, 1971).

A pesar de la resistencia esperable por parte de algunos empresarios, los llamados de la CUT para aumentar y resguardar la producción fueron efectivos en la gran mayoría de los sectores de trabajadores. La prensa de la época, lo registraba así: “Obreros y obreras textiles con 18 y 20 años de trabajo en la fábrica, señalaron a nuestro diario: ‘Jamás habíamos trabajado más a gusto como ahora. [...] Los jefes son nuestros propios compañeros por eso rendimos más y nos esforzamos por hacerlo cada vez mejor’” (“Textiles aumentan producción entre un 20 y un 100 por ciento”, 1971). Se fue generando,

entonces, una percepción dentro de los trabajadores de ser protagonistas de los cambios y la convicción de que solo ellos podrían sacar adelante el proyecto de la UP y que esto no solo era un mero discurso desde las cúpulas políticas, sino que se plasmaba día a día, en lo cotidiano: en el metro extra de tela, en la fabricación de un televisor más, de una plancha de metal más, ahí estaba el éxito de “su gobierno” y la esperanza de un futuro mejor.

De ahí que los trabajadores que se encontraban fuera de la APS también se movilizaran para pasar a ser parte del Área Social. En el sector de la mediana y pequeña empresa privada comenzaron a sucederse diversas acciones que utilizaban la huelga y la toma de fábricas como una herramienta, no en contra del gobierno de turno, sino como una vía para alcanzar un anhelado objetivo: la participación efectiva. Ya no bastaba solo vigilar lo que hacía el patrón (comités de vigilancia), también se quería ser parte de las decisiones. Así, comienza a surgir una creciente aspiración en una parte considerable de trabajadores, de que sus empresas fuesen intervenidas y, en el mejor de los casos, estatizadas de manera definitiva, aun cuando muchas de ellas no estaban dentro de la lista inicial del gobierno. Si bien, en ocasiones, se trataba efectivamente de razones justificadas, ya sea por la negativa de los propietarios de aumentar la producción (decisión generalmente relacionada con motivaciones políticas) e, incluso la amenaza de paralización de faenas por parte de este, también hubo oportunidades en que fueron los mismos trabajadores quienes creaban las condiciones necesarias (que se ajustaran a la ley) para presionar a las autoridades a intervenir y solucionar el conflicto, fuese este real o no. ¿A qué se debía esta actitud? ¿Eran sectores “irresponsables”? ¿Sectores que tenían “escasa conciencia política y social, a los cuales debemos educar y ganar” (“Trabajadores se jugarán enteros contra la sedición”, 1971), como señaló en algún momento la CUT?

Lo cierto es que estas acciones se fueron haciendo cada vez más frecuentes, siendo el resultado de los propios llamados desde el gobierno a movilizarse y que generó grandes expectativas en el mundo popular, iniciando una dinámica en las bases del movimiento obrero

que, tiempo después terminó desbordando los límites impuestos por la propia UP, “Una emergente revolución desde abajo amenazaba con dejar a los dirigentes nacionales de la izquierda detrás y alterar las estrategias económicas y políticas de la Unidad Popular en el proceso” (Winn, 2004). Detrás de las huelgas y las tomas de empresas, encontramos el deseo de ser protagonistas en todos los ámbitos de las transformaciones económicas, sociales y políticas que llevaba adelante la UP.

El deseo de participar, de ser actores del proceso histórico no solo se limitó a la producción económica y dentro de los canales institucionales, sino también fuera de ellos “en la realización de esfuerzos extraordinarios fuera de horario, realizando trabajo voluntario, ya sea para mantener y/o superar niveles de producción o para levantar escuelas y plazas en las poblaciones populares” (“Trabajadores: Un año en el timón de los cambios”, 1971). Los trabajadores entendían que el rol que debían cumplir tenía que ser con un sentido colectivo, de responsabilidad y, especialmente, solidario, por lo que el trabajo se entendía más allá de lo meramente material, para llevarlo a un plano simbólico de construcción de nuevos valores morales, para un nuevo tipo de sociedad. Para ello, se hacía necesario avanzar en “terminar con el egoísmo, deponer las actitudes mezquinas y abrirse a actitudes más generosas y consecuentes con el proceso revolucionario que estamos llevando a cabo” (“Trabajadores comienzan a dirigir definitivamente la economía”, 1972).

De esta manera, más allá de las cifras macroeconómicas y el mejoramiento material que, sin dudas eran importantes, para el trabajador común el sentirse integrado y protagonista, marcó un cambio fundamental en la percepción de sí mismo y el rol que debía cumplir en la vía chilena al socialismo. La concreción de una esperanza de cambios largamente anhelados y la voluntad de defender aquello que ya se había alcanzado “porque con este Gobierno hemos tenido más trabajo y más respeto por nosotros los trabajadores. Ahora se nos escucha y participamos también en las decisiones de las cosas que se hacen” (“Este Gobierno se pasó”, 1971).

La defensa del Gobierno Popular

A partir de 1972, el campo de acción política para el gobierno de Salvador Allende se fue restringiendo debido a una férrea oposición de los sectores de derecha y progresivamente, también de centro. Dicha oposición no se limitó a las herramientas institucionales, se sumó la propaganda y la movilización de las capas medias y profesionales, amenazadas por el desabastecimiento provocado por el boicot de sectores internos y externos. Con este clima político fuertemente tensionado y deteriorado, una crisis económica desatada y una movilización social completa, en octubre de ese mismo año se produce el llamado “Paro Patronal”, liderado por los transportistas de la región de Aysén, quienes declararon un cese de actividades de manera indefinida como rechazo a una iniciativa del Ejecutivo de crear una empresa de transportes de carácter estatal. Al movimiento gremialista, se fueron sumando progresivamente la Sociedad de Fomento Fabril, la Sociedad Nacional de Agricultura y la Confederación Nacional de la Producción y el Comercio, algunos colegios profesionales, organizaciones de medianos y pequeños comerciantes y estudiantes, generando una situación crítica para el gobierno en el ámbito político y también en el ámbito económico, agudizando aún más la estancada economía.

El Presidente de la República enfrentó la situación con las herramientas que la institucionalidad le entregaba: declaró el estado de emergencia, por lo que las Fuerzas Armadas se hicieron cargo del orden público, se estableció una cadena de radio y televisión obligatoria (OIR) y se canceló la personalidad jurídica a todas aquellas organizaciones involucradas en la movilización. Además, requisó a través de la Dirección Nacional del Comercio (DIRINCO) los camiones, industrias y establecimientos comerciales paralizados. El llamado de Allende hacia los trabajadores fue que “se mantengan ‘en la más absoluta tranquilidad y calma’. Les pide ‘producir y trabajar para el país’, se opone a todo tipo de ‘acciones esporádicas y

espontaneístas’. El discurso es claro: los militantes de izquierda y los trabajadores no pueden organizarse para resistir por todos los medios a esta ofensiva, ya que para garantizar la estabilidad del país se debe confiar en las Fuerzas Armadas” (Gaudichaud, 2016). Así, el gobierno se mantiene fiel a su estrategia política de resolver la crisis por la vía institucional, apelando al “constitucionalismo” de las Fuerzas Armadas para resguardar el deteriorado régimen democrático.

En este contexto, el rol de la Central Única era fundamental para intentar evitar el caos económico y encauzar la creciente oleada de participación popular que se desató ante los llamados del gobierno y la CUT a detener la avanzada opositora. La organización sindical enfatizó la necesidad de que las acciones de los trabajadores fueran responsables y disciplinadas para apoyar al gobierno en ese momento de crisis, ya que “en las duras condiciones que se viven; la unidad de la clase obrera en torno a sus intereses y los de la patria, se hace más necesaria que nunca. [...] Esa unidad monolítica necesita de un profundo esfuerzo por fortalecer la organización sindical, por movilizarnos de manera serena y disciplinada en torno a las tareas concretas que se han planteado por poner todas las fuerzas del pueblo en tensión para la lucha” (“Central Única llama a unión de trabajadores”, 1972).

Sin embargo, en la práctica, la falta de coordinación territorial de la CUT retardó la puesta en marcha de las instrucciones iniciales, aunque no impidió que fueran los trabajadores quienes pusieran en marcha sus propias estrategias para enfrentar la movilización de los patrones. Fundamentales articuladores fueron los sindicatos de base de las empresas que se coordinaron territorialmente para ejecutar las primeras acciones de resistencia, en aquellos polos industriales no solo en Santiago sino también en regiones. Así lo relató Hernán Ortega con respecto al Cordón Cerrillos-Maipú, cuando señala que, ante la coyuntura de crisis, activan las redes que se habían formado meses antes a raíz de un conflicto sindical en algunas empresas del sector, puesto que “se requirió una organización distinta que era territorial y que tenía que ver también con un proyecto de defensa del

gobierno y del proceso. [...] Esa es la conclusión de los trabajadores y por eso se decide transformar [...] a partir de este movimiento de solidaridad, una organización permanente, que se transforma en el Cordón Industrial” (Ortega, 2006).

A pesar de los emplazamientos a la moderación en sus acciones, los obreros agrupados, ahora no solo en la CUT sino también en nuevas organizaciones como los Cordones Industriales y los Comandos Comunales, fueron fundamentales para mantener el funcionamiento de las labores de transporte, carga y descarga de productos, especialmente, de primera necesidad y, más importante aún, la defensa del propio Gobierno Popular. Los trabajadores acogieron con entusiasmo y decisión la labor de mantener al país funcionando y combatir las maniobras desestabilizadoras de los sectores opositores. En varias empresas, ante la intención de los propietarios de paralizar las faenas, se tomaron las empresas y las hicieron funcionar: “El ambiente que reinaba en las secciones era de fiesta y con mayor entusiasmo y conciencia que nunca los obreros se mantenían trabajando y aumentando la producción. [...] Por su parte, Francisco Rojas señaló: ‘Ahora nosotros tenemos que tirar pa’riba, cooperar con el Gobierno, seguir luchando y, yo creo lo más importante, redoblar la producción’” (“CIC: Trabajadores tomaron posesión de la industria y doblarán producción”, 1972).

La necesidad de defender a “su gobierno” y, simultáneamente su propio futuro, generó una mística particular que llevó a muchos trabajadores a realizar sacrificadas acciones para cumplir con su compromiso con “su gobierno”. Así, lo recordaba Guillermo Orrego empleado de Standard Electric en la época: “Yo vivía en San Miguel y me iba ‘a pata’, muchas veces en camiones de la basura que nos llevaban gentilmente, puta parados allí atrás, un lote de ‘hueones’ (*sic*) ahí tomados del camión de la basura para llegar a la pega. Nos íbamos más temprano, bueno a veces llegábamos más tarde, pero llegábamos a la pega, había que llegar [...] nuestro propósito era que no nos quebraran, pero era muy difícil” (Orrego, 2006). De esta manera, la clase trabajadora respondió desplegando no solo su disciplina

laboral, sino también toda su creatividad para mantener funcionando las industrias, el abastecimiento y la producción, y evitando, junto al gobierno, que la oposición lograra sus objetivos. Esto generó un empoderamiento y la percepción de ser más protagonistas que nunca de la “vía chilena al socialismo”.

Finalmente, un mes después de iniciada la crisis, la oposición gremialista depuso el movimiento, no sin antes conseguir del gobierno la formación de un gabinete-cívico militar, poniendo nuevamente a las Fuerzas Armadas como garantes del orden institucional. El gobierno y la CUT llamaron a los trabajadores a volver a producir con mayor ahínco, utilizando la capacidad organizativa demostrada durante el “paro patronal”, pero ahora al servicio de la reconstrucción económica tan necesaria para consolidar los cambios obtenidos y defender al gobierno, guardando la creatividad y la combatividad para otro momento.

No obstante, la clase trabajadora ya había adquirido una percepción nueva de su rol y su protagonismo, no podía ser relegada solo a la esfera económica. Más que nunca, la lucha era no solo económica, sino y sobre todo política, “que no se llame a engaño el compañero Presidente. Fue la presencia física de millones de trabajadores lo que lo mantuvo en el Gobierno. Fuimos nosotros los que lo mantuvimos en el Gobierno. [...] Fuimos nosotros, camarada Allende” (*La Aurora de Chile*, 1972). Nuevamente, encontramos una clase trabajadora que demandaba mayor protagonismo, que estaba hambrienta de participación, de historia. La crisis de octubre significó un punto de inflexión para el movimiento popular y, para los trabajadores en particular. Los llevó al desarrollo de una iniciativa autónoma más allá de los canales preestablecidos para su participación, la organización de clase y territorial se impuso por sobre otras y los vinculó entre ellos, planteando un nuevo curso de acción (que en ocasiones causó problemas a la UP) para defender el proceso de cambios, basado en la iniciativa y la organización popular, en la solidaridad para enfrentar los problemas que surgieran en este camino. Lamentablemente, no fue suficiente la voluntad de un pueblo, frente a las armas y el horror.

A modo de reflexión

El experimento político llevado adelante por Salvador Allende y la UP terminó abruptamente el 11 de septiembre de 1973. El mayor proceso de transformaciones estructurales y democratización iniciado cien días antes llegaba a su fin para dar paso a uno de los períodos más oscuros y deleznable de nuestra historia nacional, cuyas fracturas y heridas han sido tan profundas que han vuelto a abrirse con mayor dolor tras el estallido social del 2019, junto a las medidas represivas adoptadas por el gobierno de turno. Sin embargo, también ha renacido la esperanza de justicia social y, especialmente, de dignidad para aquellos tantas veces postergados, que gritan hoy en las calles por esa dignidad y participación tanto tiempo negada. Por una democracia real.

En este marco, los 50 años de la llegada al poder de Salvador Allende y la Unidad Popular se tiñe de un significado aún más relevante. El gobierno de Allende se nos presenta como un proceso de transformaciones democratizadoras sin precedentes, que fue capaz de llevar a La Moneda los anhelos de las grandes mayorías y que (increíblemente) siguen siendo la bandera de lucha de tantos ciudadanos hoy. La dignidad de los trabajadores y campesinos, de las personas que construyen el país. Ese es, sin dudas, uno de los mayores méritos del gobierno de la UP: abrir espacios de participación a aquellos que no lo tenían, a integrarlos en decisiones que repercutirían en sus vidas y en la del resto de la sociedad. Ser parte de un proceso histórico, ser visibilizados desde su propio protagonismo, incluso desbordando las vías institucionales para convertirse en los artífices de su destino. Apoyaban al gobierno, defendían a “su gobierno”, pero también defendían una lucha que iba más allá del gobierno.

El legado histórico y político de la UP renace en la actualidad y nos invita a retomar la senda de la democracia plena que quedó truncada hace 47 años. Si bien los contextos son diferentes, no es difícil apreciar la similitud en el fondo de las demandas de una ciudadanía

que clama por cambios profundos al modelo institucional y político implantado durante la dictadura y mantenido por sucesivos gobiernos hasta la actualidad. La justicia social y la dignidad del ser humano son los pilares fundamentales sobre los que debemos reconstruir nuestra historia como sociedad, colocando a las personas en el centro de las preocupaciones del Estado, tal como lo soñamos hace 50 años.

Referencias

Acta de acuerdo CUT-Gobierno. (1990). En O. Arias (ed.). *Los trabajadores y el gobierno popular*. México D.F.: Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo.

Castillo, S. (2009). *Cordones Industriales: Nuevas formas de sociabilidad y organización política popular durante el gobierno de Salvador Allende (Chile, 1970-1973)*. Santiago: Escaparate.

Central Única de Trabajadores. Llamamiento a los trabajadores. (1971, junio), p. 16.

El Siglo. Los trabajadores tendrán participación en dirección de empresas estatales y mixtas. (1 de abril de 1971), p. 9.

El Siglo. Trabajadores y Gobierno unidos en la tarea común. (2 de mayo de 1971), p. 1.

El Siglo. Trabajadores se jugarán enteros contra la sedición. (27 de junio de 1971), p. 4.

El Siglo. Producción: Batalla política en el frente económico. (30 de julio de 1971), p. 7.

El Siglo. Textiles aumentan producción entre un 20 y un 100 por ciento. (14 de agosto de 1971), p. 6.

El Siglo. Trabajadores: Un año en el timón de los cambios. (3 de noviembre de 1971), p. 12.

El Siglo. Este Gobierno se pasó. (5 de noviembre de 1971), p. 7.

El Siglo. Regocijo de la clase trabajadora por designación de Hernán del Canto. (1 de febrero de 1972), p. 3.

El Siglo. CIC: Trabajadores tomaron posesión de la industria y doblarán producción. (19 de octubre de 1972), p. 5.

El Siglo. Trabajadores comienzan a dirigir definitivamente la economía. (19 de noviembre de 1972), p. 9.

Gaudichaud, F. (2016). *Chile 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo. Poder popular, cordones industriales y socialismo durante el gobierno de Salvador Allende*. Santiago: LOM Ediciones.

La Aurora de Chile. (9 de noviembre de 1972), p. 1.

La Nación. Presencia de dirigentes mundiales es apoyo para el Triunfo Popular. (3 de noviembre de 1970), p. 4.

La Nación. Central Única llama a unión de trabajadores. (22 de octubre de 1972), p. 8.

Memoria del consejo Directivo al 6° Congreso Nacional de la CUT. 8 al 12 de diciembre de 1971. (2000). En V. Farías (comp.). *La izquierda chilena (1969-1973) Documentos para el estudio de su línea estratégica*. Santiago: Centro de Estudios Públicos.

Orrego, G. (25 de julio de 2006). (Sandra Castillo, Entrevistador).

Ortega, H. (21 de septiembre de 2006). (Sandra Castillo, Entrevistador).

Partido Socialista: Resolución Política del Congreso de La Serena (La Serena, enero de 1971). (2000). En V. Farías (comp.). *La izquierda chilena*

“¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!”

(1969-1973). *Documentos para el estudio de su línea estratégica*. Santiago: Centro de Estudios Públicos.

Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular. (1969). Santiago.

Winn, P. (2004). *Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*. Santiago: Lom Ediciones.